

cual no puede distribuirse equitativamente el impuesto, y Strabon, el gran geógrafo, visitaba y describía las provincias, el comercio, tenido en mas honor en la antigüedad de lo que se cree generalmente, despertaba una actividad asombrosa en los litorales del Mediterráneo, que fué entónces mas que nunca el lago de la civilización. De todo aquel enjambre de históricas ciudades que lo enlazaban en una red de focos luminosos, iban y venian los frutos, los hombres, las ideas, los hábitos de las demás. Y Roma, con su millon y medio de habitantes, centro de aquel movimiento inmenso, en donde se hablaban todos los idiomas, en donde tenían un lugar respetado todas las religiones del mundo, mostraba en sus enormes mercados los perfumes, las especias, las perlas, los diamantes de la Arabia, de la Sérica, de la India. Pero lo que más se vendía eran las lanas de Tarento y de Módena, los tapices velludos de Pádua, los ganados y la miel hiblea de Sicilia, los trigos de Cerdeña, de Africa, los aceites de la Narbonesa, los paños rojos de Arras, las telas de lino de los cadurcos, el fierro, el estaño, los perros de caza de los bretones, las salazones del Ponto, los vinos, la cera, las esencias tintoreas de la Bética, el vermellon, la sal marina de Cádiz, la sal mineral de Cardona, el oro y la plata de Cartagena, los jamones, los caballos asturianos, el vino de Rhetia, los quesos de los Alpes, el fierro de la Nòrica, el ámbar del Báltico, los vinos de Quios y de Lesbos, la miel de las Sporadas, el cobre y los higos de Cypro, las gruyas de Melos, los peces de Rhodas, y del Bósforo, los mármoles del Pentélico, el bronce de Corinto, el *byssus* de la Elida, el eléboro de Antykira, que curaba la locura, etc. Hé aquí una parte de la contribucion de Europa á los mercados romanos. Del

Asia venian tapices de Laodikea, fierros cincelados de Kityra, vasos de Tralles, mármoles con venas rojas de Synnade, tinturas de Hlerapolis, tejidos de Babilonia, pieles de la China y de la Tartaria, myrritas, nardo, carey, sedas de la India, púrpura de Tiro, que se vendía en Roma mil denarios, (200 pesos) la libra, vasos murrhinos de Parthia y de Karamania, vendidos alguna vez en más de 1.000.000 de sesteracios cada uno, cedro del Líbano, bálsamo de Jericó; el Egipto daba vidrio, alumbre, papyros, trigo, marfiles, plumas de avestruz y el mundo entero esclavos.

Y pensar que en medio de aquel compendio del mundo, por donde acababan de pasar las grandes figuras de Lucrecio, el cantor sublime de la negacion epicureísta, de Salustio, el elegante historiador de Catilina, el primer panfletario de la monarquía naciente; de Julio César, el autor sóbrio é irrepachable de los *Comentarios*, de Ciceron, de Cástulo; pensar que en aquellos momentos habia la fortuna deparado á aquel nacimiento espléndido de un orden nuevo, eruditos como el anciano Varron, que compilaban con una ciencia tan vasta como falta de crítica, los anales de Roma, unidos á una tentativa teológica de restaurar el culto nacional; moralistas como el esclavo Syrus, que intercalaba en sus obras teatrales máximas de moral que honrarian un libro cristiano; poetas como Virgilio y Horacio, las más altas encarnaciones del espíritu griego en las razas latinas; el primero, en sus poesias campestres, el mayor poeta que ha producido la humanidad, á quien se siente impregnado de la inefable melancolía que causa en las almas escogidas la comunión íntima con la naturaleza, á quien se nota conmovido con los estremecimientos del mundo nuevo que el Oriente y la Grecia en-

gendraban, y en el cual habia de infundir espíritu un soplo de la Galilea; el segundo, guardando en sus versos, como en urnas de exquisita forma, el secreto, perdido quizá despues de él, de unir la gracia á la fuerza; y Tibulo, el de la aerea poesia, y el apasionado Propercio, y Ovidio, el desgraciado cortesano que ha sabido aliar tanta tristeza á tanta indignidad. Y al lado de este coro de ángeles de la poesia que rodeaban el sòlio triunfal de Augusto, á cuyos piés habia una multitud de mediocres y serviles versistas, pagados por el hábil y afeminado Mecenas descollando la noble figura de Tito-Livio, el gran orador que se hizo una tribuna de la historia, para predicar sin miedo el amor á la libertad y ceñir con una aureola la frente de los vencidos.

Pero en la literatura, en las artes, en el movimiento intelectual de aquel siglo no hay otra cosa que una trasformacion del helenismo al pasar por el alma romana; aquellos poetas son imitadores de génio de los griegos, que mas que nunca lo llenan, lo hacen, lo dirigen todo. Pintores y escultores los imitan y frecuentemente los degradan y el arte empieza á ser una industria. En donde la cópia de los griegos es tambien servil es en las ciencias; los romanos no las hicieron adelantar un solo paso, tales como las recibieron de los griegos nos las legaron.

Ya lo hemos dicho, el carácter de Roma es esencialmente utilitario, y este rasgo distintivo predomina en su religion, en su filosofia que no es mas que una moral y en la creacion de esa obra inmensa y original que se llamó la jurisprudencia. Comparando las legislaciones de los pueblos conquistados, aquel pueblo de jurisconsultos encontró que habia ciertas reglas universales, que se adecuaban en todas partes á la naturaleza humana y á este derecho comun á

las naciones (*jus gentium*) llamó tambien derecho natural y trató por medio de ficciones legales que se encargaron de inventar los magistrados, sobre todo los pretores, de introducir en los viejos preceptos del derecho un nuevo espíritu. Así nació ese factor potentísimo de la civilización que se ha llamado la jurisprudencia.

Este espíritu práctico aplicado á las artes, produjo la arquitectura magestuosa y fuerte que engendró el arco y la cúpula (tomados de los etruscos) y tantos edificios y construcciones en que la belleza y la utilidad se daban la mano como los pórticos, los acueductos, las basilicas, las termas, etc.

El pueblo romano estaba, pues, contento con su *annona*, sus teatros, sus mármoles, sus combates en el circo en que se sacrificaban los hombres y las fieras por centenares y su emperador. Se sentia seguro; para obtener este resultado Augusto hacia vigilar sin cesar sus fronteras. En el oriente aterrorizó á los parthos é introdujo gérmenes de discordia perpétua en el palacio de Ktesifon; ordenó una expedicion infeliz en la Arabia y otras mas afortunadas en la Etiopía y en el Fezzan; pero en donde concentró toda su atencion fué en el Rhin, en los Alpes y en el Danubio; detras de esta frontera estaban los pueblos germánicos, es decir el peligro, y un peligro que fué de muerte para el imperio.

Desgraciadamente Agrippa le faltó, desde el año de 12 a. J. C., aunque ya los hijos de Livia, Tiberio, Drusso comenzaban á hacer la guerra; estos hábiles soldados conquistaron la Rhetia y los habitantes de aquella montañosa comarca fueron trasladados á otras partes, mientras los obreros imperiales cruzaban el país de caminos y puentes y se levantaban plazas fuertes y colonias mi-



litares en los puntos estratégicos (15 a. J. C.) El año mismo de la muerte de Agrippa, Drusso hizo dos expediciones felices al corazón de la Germania, con el objeto de buscar una línea de defensa para las Galias más allá del Rin. Una gran insurrección de los pueblos danubianos fué vencida también por Pison. Por el año de 10, se establecieron colonias como Maguncia, Bonn, etc., á orillas del Rin, se dió principio á las fortificaciones que con el tiempo llegaron á unir el Rin y el Danubio y se empezaron á colonizar las tierras que se llamaron *decumatas* (que pagaban el diezmo); así la Suabia fué un dique contra las invasiones.

El año 9 á la vuelta de una de sus brillantes expediciones contra los germanos, murió Drusso, joven de altas dotes y amado profundamente por el pueblo. Así es que cuando después de doce años de calma, se decidió la destrucción del reino que Marbod y los marcomanos habían fundado en Bohemia, Tiberio solo se encargó de la campaña. Marbod solicitó la paz, pero los panonios se sublevaron poniendo sobre las armas, ellos y sus aliados, inmensos ejércitos. El hambre los venció y no Tiberio y aquella frontera entró desde entonces (5 después de J. C.) en sosiego por quince años.

Cuatro después, Augusto pensó en romanizar definitivamente la Germania: hizo erigir en medio del país tribunales que atropellaban todos los usos de aquellos pueblos y puso á un hombre odioso, Varo, al frente de la empresa. Los germanos se decidieron á sacudir aquel yugo insostenible. Un noble guerrero, Arminius (Hermann) se puso á su cabeza, atrajo á Varo á una emboscada, lo destruyó completamente y reconquistó todo el país hasta la orilla derecha del Rin. Augusto estaba desesperado y Tiberio cor-

rió á las Galias, en donde logró restablecer la disciplina y detener la invasión.

Este acontecimiento vino á colmar el dolor de Augusto cuyos últimos años fueron entristecidos por profundas pesadumbres de familia. Después de la muerte de Agrippa á quien claramente había designado para sucederle, quedaban de un lado los hijos de Julia, que tenían su sangre, Lucio y Caio, del otro los de Livia, su mujer, el popular Drusso y el sombrío Tiberio, á quien obligó á casarse con Julia. Poco á poco fueron desapareciendo todos los que podían competir con Tiberio; disgustado este por los favores que Augusto prodigaba á sus nietos, se retiró á Rhodas, creyendo que la necesidad obligaría al viejo emperador á llamarlo. Poco después Julia entregada á los más escandalosos excesos fué confinada á una isla; Lucio César, sucumbió al poco tiempo en Marsella, víctima de sus vicios precoces; diez y ocho meses después Caio, su hermano, investido del consulado de todo el Oriente, murió asesinado (4 d. J. C.) Quedaba un hijo de Julia, Agrippa Postumo, Augusto lo adoptó en compañía de Tiberio. Después de la célebre conjuración de Cinna, nieto de Pompeyo, que quiso asesinar á Augusto y que fué perdonado, los excesos del joven Agrippa, obligaron á su abuelo á relegarlo á una isla, rompiendo su adopción. Tiberio fué desde entonces el único heredero de Augusto, quien obligó á su sucesor á adoptar á su vez al joven y bravo Germánico, hijo de Drusso, y tan popular como su padre.

La soledad y el hastío invadieron entonces la casa imperial, y Augusto, que había perdido ya á Mecenas, á Virgilio, á Horacio, que había desterrado á Ovidio á las costas del Euxino, quizá por complicidad en los desórdenes de Ju-

lia, se halló por únicos compañeros á la anciana Livia y á Tiberio, el *tristissimus hominum* de Plinio. El 19 de Agosto del año 14 después de J. C. murió en Nola, después de haber tenido una larga conferencia con Tiberio sobre los asuntos del Estado. Dejó cuatro libros, uno sobre sus funerales, otro de consejos á Tiberio y á la República, el otro contenía una estadística militar y financiera del Imperio y el cuarto era una autobiografía (1) que grabada en tablas de bronce debía colocarse en su mausoleo. El arreglo de sus funerales fué una alta cuestión de estado; se celebraron con una pompa inmensa, fueron más bien una apoteosis y el senado que ya lo había hecho *Augustus*, lo hizo *Divus*. Estadivinización de los muertos nada tenía de particular en pueblos como el romano y el griego en quienes el culto de los antepasados era la verdadera religión de la familia y de la ciudad. El padre de la patria ocupaba naturalmente una alta gerarquía en el culto de los manes ó lares; sino que la preponderancia cada vez mayor de los hábitos orientales en todo lo que atañía á la religión, y la profunda abyección en que aquella sociedad había caído, dieron á este culto esas formas que chocan tanto con nuestro modo de ver las cosas.

La suerte de la obra iniciada por Julio César quiso que el reinado de su continuador necesario, llegase á cerca de medio siglo (44 años). Así todo lo que había de sobrevivir, porque era una necesidad del tiempo, recibió forma y savia de las manos de Augusto y bajo este aspecto su reinado, punto en que una revolución acaba y en que nace otro orden de cosas, es quizá el momento más interesante de la historia

(1) El mejor ejemplar de este documento, llamado generalmente *el testamento de Augusto*, es el que ha sido encontrado en Ancyra [Asia menor] y cuya más exacta reproducción es la hecha en 1861 por el distinguido arqueólogo Perrot.

humana. Y, sin embargo, lo que constituye la originalidad de Augusto, y su diferencia de César, que quiso el poder absoluto, ese pensamiento capital que lo hacía dar á Tiberio en sus últimos momentos el consejo supremo de no aglomerar los poderes en una sola cabeza, no le sobrevivió largo tiempo. Su constitución *diarquica* última concepción del genio político de Roma, según Mommsen tenía que morir porque, ya lo hemos dicho, reposaba sobre una mentira, puesto que estaba á merced de la voluntad del príncipe y sobre el error de suponer que había de durar siempre el acuerdo entre el autómatas y el Senado.

Augusto tendrá siempre en su abono, á pesar de sus primeras crueldades y de la hipocresía (1) que generalmente se le atribuye, la circunstancia de haber sido el hombre que mejor comprendió su tiempo, y por eso pudo fundar una era de paz, sin la cual nunca habría podido efectuarse ese inmenso trabajo de asimilación del mundo antiguo que constituyó definitivamente la civilización de que somos herederos. El elogio mejor de Augusto y el símbolo de su obra, no está en los himnos que le consagraban sus poetas, ni en los altares que el pueblo le levantaba, sino en este episodio que nos ha transmitido Suetonio: un día que Augusto navegaba por las playas risueñas de la Campania, los pasajeros y tripulantes de una nave que venía de Alejandría, lo fueron á saludar vestidos de túnicas blancas y coronados de flores, y quemando incienso ante él, decían: por tí vivimos, por tí somos libres, á tí debemos nuestra riqueza y nuestra seguridad. Augusto entonces vistió á sus romanos con los trajes griegos y á los griegos con las togas romanas, ó

[1] Las anécdotas sobre sus últimos momentos que nos lo representan como un cómico que había visto la vida como una pieza de teatro, no tienen nada de auténticas.



hizo que sus compañeros hablasen griego y los griegos latin. La fusion del mundo heleno-latino estaba consumada.

El historiador moderno, tiene que dejar el viejo sistema que consistia en aplicar al pasado nuestras ideas politicas, y al sentir bajo el imperio respirar en libertad al mundo y ponerse en contacto tantos factores de civilizacion, no puede ménos de aplaudir la desaparicion de aquella República aristocrática, que era el dominio de las facciones en Roma y el de la rapacidad y de la violencia en las provincias.

*Tiberio.*—(14—37.) (1) Despues del prolongadísimo reinado de Augusto, viene este largo tambien de Tiberio, aunque solo duró la mitad del tiempo que el anterior. Verémos cómo la lógica de la institucion imperial se va desenvolviendo durante él, marcándose sus caracteres cada vez con mayor fuerza. Así como es evidente la filiacion entre el principado de Augusto y las instituciones republicanas de los últimos tiempos, así los nuevos factores que concurren al desarrollo del imperio, harán de él un monarquismo cada vez más absoluto, que dejará de ser romano para irse tornando en despotismo á la oriental; tal cosa tenía que ser, no la representacion del dominio de Roma sobre el mundo, sino de la influencia del mundo sobre Roma.—Lleguemos á los hechos.

(1) No vamos á reproducir aquí el debate que sobre el mérito de Tiberio se ha entablado en estos últimos tiempos. Sin caer en el error de Hošk, que lo tiene por un príncipe admirable, si convendremos con la escuela histórica contemporánea, en que Tácito, víctima de su imaginacion que lo inclinaba á dramatizarlo todo, de la literatura declamatoria de su tiempo y de sus sentimientos aristocráticos, ha falsificado bastante esta individualidad, presentándola como monstruosa. En el mismo Tácito, por fortuna para la verdad histórica, que es lo único que puede preocuparnos, encontramos elementos para rectificar el juicio que la posteridad guiada por él, se ha formado de Tiberio, y para apoyar esta conclusion que es ya la de todos los historiadores serios del imperio: Tiberio fué un hombre criminal con circunstancias atenuantes, un tirano para Roma, un excelente emperador para las provincias. (V. Merivale, Stark, Duruy.)

Tiberio, vástago de la orgullosa *gens* de los Claudios, se habia mostrado un hábil general en sus luchas en las fronteras del Rhin y del Danubio, un ambicioso tenaz en el hecho de haberse confinado en Rhodas cuando Augusto pareció dar la sucesion del imperio á los hijos de Julia, un buen hermano cuando la muerte de Drusso, y en todo un hombre austero, sombrío, ejecutor despiadado de la ley, un verdadero romano educado entre los jurisconsultos y los espectáculos crueles del circo, lleno de respeto por las fórmulas jurídicas, pero impasible ante la sangre y el dolor.—Tenia cincuenta y seis años á la muerte de Augusto y su primer acto para alejar competidores fué ordenar la muerte de Agrippa Postumo, á quien nadie sintió. Se aseguró desde luego de las legiones y sin ruido pero firmemente se impuso al Senado, en donde muchos lo detestaban, unos por republicanos, otros porque se creian con los mismos méritos para ocupar el lugar de un hombre en cuyas venas no corria una sola gota de la sangre de los Césares. Esto lo sabia Tiberio, pero seguro del miedo que aquellos hombres le tenían, no vaciló en arrancar el poder electoral de los comicios populares, para transferirlo al Senado, con el objeto de tenerlo más á su disposicion.

En el ejército la cosa fué distinta, las legiones de Pannonia se sublevaron primero queriendo un aumento de sueldos, Tiberio envió á ellas á su hijo Drusso, acompañado de un hábil consejero y favorito suyo, Seiano, y la rebelion fué sofocada así. En el Rhin quisieron hacer de Germánico un emperador, el valiente jóven amenazó con suicidarse pero solo á fuerza de promesas logró calmarlas; en otra parte logró aplacar la sedicion tambien y los soldados mismos castigaron á los principales agitadores.

En seguida Germánico los llevó al combate; hizo dos expediciones en Alemania siguiendo las huellas de Drusso, su padre, es decir entrando por el Ems hasta el corazon de la Germania. En la primera llegó al sitio en que habia sido vencido Varo, y dió sepultura á los huesos de los legionarios, esparcidos en la selva de Teutberg. Hermann vivia aun y combatió heroicamente. En la retirada, tanto las tropas de tierra como la flota, sufrieron terribles peligros. La segunda expedicion fué coronada por una gran victoria sobre Hermann, más allá del Weser, en el llano de Idistavissus. Entónces Tiberio, fiel al pensamiento de Augusto, de no alejar más allá del Rhin, del Danubio y del Eufartes las fronteras del imperio, lo llamó á Roma para triunfar.

Tiberio habia gobernado en Roma con mucha prudencia, interrumpida aquí y ahí por rasgos de crueldad, propios de aquellos hombres y de aquella época. Rehusaba los honores divinos, animado como estaba de un desprecio profundo por los que le rodeaban, en quienes solo veia enemigos abyectos, contenidos por el miedo. Su amor por la justicia legal llegaba á tal grado, que á pesar del respeto que siempre tuvo á la anciana Livia, su madre, nunca consintió en lo que le pedia cuando se trataba de ir contra la ley. Ejercia liberalidades en los que las necesitaban, rehusándolas á los que habian caído en la miseria por sus vicios, aunque llevasen grandes nombres, y no aceptaba los legados que le dejaban personas desconocidas, en sus testamentos. Siguió construyendo como Augusto, á pesar de su poco amor al arte, y como encargado de la inspeccion de las costumbres, arrojó á los astrólogos de Italia y reprimió los desórdenes de los histriones. Tambien fundó algun establecimiento análogo á nuestros bancos, que produjo muy buenos resultados.

Germánico celebró en Roma su triunfo con gran esplendor, y en el año 17 partió para Grecia y Oriente, mientras que Drusso fué enviado al Danubio para presenciar la caída del reino de Marbod, atacado por los Queruscos y traicionado por los principales caudillos marcomanos. Marbod pidió asilo á Tiberio, y vivió y murió oscuramente en Ravena. Hermann tambien fué sacrificado por los suyos, y el poder de los queruscos terminó con el héroe, cuya popularidad duró aún en Alemania.

Germánico, recibido con júbilo inmenso en Oriente, arregló rápidamente los asuntos de Armenia, de Capadocia, de la Comagena y tuvo en Siria un avenimiento con los parthos, mientras que otro de los lugartenientes de Tiberio voncia á Tacfarinas nómida desertor de las legiones que se habian rebelado, arrasando á las tribus númeras y musulmanas en pos suya, y trastornando toda la provincia. (17).

Por desgracia para Tiberio, Germánico, que de vuelta de Egipto se habia disgustado profundamente con el gobernador de Siria, el violento y orgulloso Pison, amigo de Livia, murió en Seleucia, víctima del veneno, segun decia el vulgo. No hay ninguna prueba seria de tal envenenamiento, desechado ya por los historiadores, ni mucho ménos de que Tiberio haya sido cómplice de Pison. Pero la honrada y dominadora Agrippina, mujer de Germánico, acogió el rumor, en odio á Livia, y atravesando el Mediterráneo, llevando las cenizas de su esposo, cruzó la Italia, en medio de una inmensa multitud que lloraba á Germánico. La dura Antonia, madre de éste, Libia y Tiberio, permanecieron encerrados, una entregada al dolor, y los otros, con toda probabilidad, profundamente contrariados por el suceso. Pero como las manifestaciones subian de punto y se mezclaban á ellas rumores



ofensivos para Tiberio, éste, cosa muy natural, mandó que cesaran, diciendo, según Tácito, que los príncipes eran mortales, pero la República eterna. A su vuelta de Siria, Pison fué juzgado por el Senado (así lo quiso Tiberio) y aunque no se encontró prueba alguna del envenenamiento, se dió la muerte.

Concluido este ruidoso asunto, Tiberio siguió manifestándose solícito por los hijos de Germánico, que puso bajo la custodia de Drusso, y mostrándose cada vez más digno en Roma del renombre de justiciero, viviendo como un rico particular, vigilándolo todo, corrigiendo severamente las costumbres por sus disposiciones contra los adúlteros, tomando parte en la administración de justicia y aplicando la ley hasta contra los dioses, como sucedió con los judíos, á quienes expulsó de Italia por los delitos de algunos de ellos, y con los sacerdotes de Isis, que convencidos de un abominable abuso, fueron crucificados, destruido el templo y la imagen de la diosa arrojada al Tiber. En las provincias había habido sus tentativas de rebelión, en Tracia, en las Galias, en donde se sublevaron Floro y Sacrovir, que llegó á apoderarse de Autum, pero fueron prontamente sofocadas. En Africa la revolución de Tarifacnas, que había vuelto á tomar serias proporciones, concluyó con la muerte del rebelde y de los suyos, gracias á la energía y habilidad de Blesus, tío de Seiano, último general que recibió de los soldados el título republicano de *imperator*. Por lo demás, la misma dura y seca justicia que caracterizaba al gobierno en Roma, extendía á las provincias su bienhechora influencia; la hábil elección de los gobernadores, su larguísima duración en los encargos que se les confiaban, la implacable persecución á los prevaricadores, de quienes no escapó uno solo á la mano de fierro del emperador, y la

rebaja de los impuestos, tales son los méritos de la administración de Tiberio en las provincias; con razón algunas, como Macedonia, clamaban por pasar del gobierno senatorial al imperial. Los hechos que prueban detalladamente estos asertos, están consignados en el gran proceso que ha formado contra Tiberio, Tácito, su acusador ante la historia. (*Annales*).

Todo hacia esperar que tal como había sido hasta entonces, siguiera el reinado de Tiberio; pero la ambición infernal de Seiano, velaba al lado del viejo monarca. Ofendido por Drusso, el hijo de su bienhechor, determinó hacerlo desaparecer, y de acuerdo con la mujer del joven príncipe, lo hizo envenenar. Nada supo Tiberio del complot, y la muerte de Drusso lo sorprendió, haciendo más triste, más duro, más sombrío su carácter. Este (23 d. J. C.) fué el momento psicológico en el reino de Tiberio; aunque siguió protegiendo á los hijos de Germánico (v. Ann. IV.—8) y mostró deseos, que Tácito cree fingidos, de abdicar el imperio, desde aquel día parecieron ávidos de sangre aquellos labios, que según la frase de Shakespeare, no había humedecido nunca la leche de la humana ternura.

El emperador se sentía probablemente rodeado de peligros, y como no veía la mano que lo aterrorizaba, dejándose arrastrar por los consejos de Seiano, desconfió de los suyos, sobre todo, de Agrippina, que cada vez más altiva y más indómita, fiada en la memoria popular de Germánico, disfrazaba menos su odio por Livia, por Tiberio y por Seiano. Este, todos los días subía más, haciéndose decretar honores casi divinos y dejándose equiparar á su amo, soñaba con el trono. Había reunido las cortes pretorianas en un campo fortificado cerca de Roma para poder disponer mejor de ella, y como acababa de afirmar

mas su influencia en el ánimo de Tiberio, salvándole la vida en el derrumbe de una bóveda que pudo aplastarlo, dirigió todos sus tiros á la viuda y á los hijos de Germánico, únicos obstáculos entre él y la herencia del imperio que esperaba arrancar á su amo.

Tiberio tenía en la mano la terrible ley de *magestatis*, de lesa magestad, y con ella podía herir á mansalva.—El republicano Cremutius Cordus obligado á suicidarse, primer ejemplo de las muertes estoicas que dan una fisonomía tan noble á los grandes republicanos de la época imperial, abrió la lista y Tiberio que se había retirado á la isla de Caprea, convertida por Augusto en una mansión deliciosa, se propuso desde su aislamiento hacer sentir su poder á los que suponía sus enemigos. Lo acompañaba Seiano. Los partidarios de Agripina, los que prometían el trono á sus hijos, empezaron á expiar sus faltas.—Sabino fué herido el primero, gracias á la delación de algunos senadores, que hacían por lucro este oficio innoble; abundaron desde entonces las delaciones mútuas de los aristócratas, y las ejecuciones. Contra ellas no había más recurso que suspenderlas mientras llegaba Tiberio, que jamás volvió á Roma. El emperador y el pueblo asistían encantados al espectáculo de los nobles degollándose entre sí.

Después de la muerte de Livia, Tiberio se arrojó sobre la familia de Germánico, Agripina y Neron, su hijo mayor, fueron confinados en dos islas.—Uno murió pronto, la otra se dejó morir de hambre cuatro años después. Druso, el segundo de los hijos de Germánico, fué encerrado en el palacio imperial en Roma, y solo se salvó por su juventud, Caio, á quien los soldados de Germánico habían dado el célebre apodo de Calígula.

Seiano, que ya había querido casarse

con su manceba y cómplice, la viuda de Druso, empezó á manejarse como un futuro emperador. Hecho cónsul, volvió á Roma en donde tenía altares y sacerdotes, Antonia, la madre de Germánico, denunció á Tiberio la conspiración. Este empezó por hacer el vacío en derredor de Seiano, que sintiéndose amenazado quiso precipitar el golpe; el emperador le previno, y Macron un oficial de confianza, marchó á Roma, se aseguró de los pretorianos, prendió al favorito, lo hizo ejecutar y entregó al pueblo su cadáver, que fué arrastrado por las calles de la ciudad. (31.)

Seis años le sobrevivió Tiberio, seis años de crímenes.—Los partidarios del favorito fueron perseguidos implacablemente, y cuando Tiberio supo cómo había muerto su hijo Druso, su íntimo y sombrío furor no conoció límites. Caprea se convirtió en un tribunal de sangre y el viejo emperador, dicen sus biógrafos, se complacía en los suplicios.—Algunos se salvaron, otros personajes notables no fueron molestados, muchos delatores fueron castigados, pero esto no lava las manchas de sangre que había en las manos de aquel septuagenario feroz. Entonces la fiebre del suicidio invadió las altas clases y el más interesante de todos los que así murieron, fué el altivo y eminente jurisconsulto Labeon, cuyo padre había muerto en Filippas.

En este tiempo colocan Tácito y Suetonio las orgias espantosas de Caprea, en que el vicio griego dominaba. Son improbables, dada la edad del hombre y el silencio de otros historiadores, de Josefo, sobre todo, tan bien impuesto de lo que allí pasaba. En cuanto á la administración en Italia y en las provincias, siguió, tan firme, tan sabia como siempre.—Tiberio murió en 16 de Marzo de 37 á los 78 años poco tiempo después de que su hábil lugarteniente



Vitellius hubiera paseado las águilas romanas en el centro del imperio de los parthos vencidos. Las anécdotas relativas á su muerte no son dignas de crédito. Repetimos para concluir nuestro juicio: hombre sin corazón, tirano en Roma, buen emperador para Italia y el mundo.

*Caligula.* (1) (37-41.)—Pasemos rápidamente sobre la biografía de este hombre enfermo; uno de los varios casos de patología mental que ofrece la historia de los emperadores romanos.—Niño epiléptico y pusilánime, alimentado en su adolescencia en el terror de Seiano y de Tiberio, se vió de improviso dueño del mundo. El Senado no decretó á Tiberio el apoteosis, pero Caligula impidió que fuera declarado tirano. El joven príncipe manifestó al principio tan buenas inclinaciones, que á pesar de sus desórdenes privados, Roma lo aclamó en medio de entusiastas fiestas como su salvador. Una enfermedad puso en peligro su vida, más cuando sanó la enfermedad mental hizo explosión. Entonces comenzaron sus locuras; hizo matar al hijo de Tiberio, á Antonia, la madre de Germánico, se casó con su hermana Drusilla, luego la arrojó del palacio á ella y á su otra hermana Agripina, la futura madre de Neron; después empezó á disponer de las matronas romanas y mientras se entregaba á los encantos de la música (se creía un gran cantante) provocaba á todo el mundo, al Senado, á los pueblos bárbaros, á las provincias; el año de 39 partió para una expedición á la frontera del Rin y huyó cobardemente; luego inventó victorias y sus guardias germanos y los inofensivos galos tuvieron que resignarse á hacer el papel de prisioneros.

Pero su tema constante era su divinidad; pronunciaba oráculos entre las

(1) Su nombre oficial era Caius César: el sobrenombre de *Caligula* se lo habían puesto de muy niño los soldados de Germánico, su padre.

estatuas de Castor y Polux: en Roma declaró la guerra á Neptuno, insultaba al Júpiter del Capitolio, quiso que le traieran al Olímpico de Feidias y ordenó que su estatua fuese adorada en el *sancta sanctorum* de Jerusalem. El gran filósofo judío-alejandrino Filon, decía que el gran odio de Caio contra su pueblo, provenía de su convicción de que nunca lo habían de mirar como á un dios. Se construyó templos, tuvo un colegio de sacerdotes de su culto y su caballo *Incitatus*, fué uno de los pontífices: lo quería hacer cónsul. Se dice que en una expedición que intentó contra la isla de Britania, hizo que las legiones atacaran al Océano. Merivale cree que esta es una exageración y que á este maniaco coronado se atribuyen algunos hechos falsos ó exagerados, probablemente, pero el testimonio de Filon y la conformidad de los historiadores son pruebas que hunden en el cieno su memoria, aunque su afección cerebral, *mens turbata*, dice Tácito, disminuye su responsabilidad.

No hablaremos de sus locas profusiones, (en ménos de dos años concluyó con el tesoro ahorrado por Tiberio) de los asesinatos cometidos para apoderarse de los bienes de los muertos, de su ocurrencia de rematar en Leon, el mobiliario del palacio imperial, á precios fantásticos; de sus regalos por el estilo del que de la Comagena y de una parte de la Kilikia hizo á Antiokos y del de la Palestina á Agrippa, ni del abandono de la Armenia á los parthos; lo hemos dicho ya: era un loco. Su gobierno prueba la espantosa abyección de los aristócratas romanos, que contestaban á sus reproches terribles y justos algunas veces, con adulaciones inauditas, y lo mucho que el gobierno de Tiberio, mezclándose en todo primero y luego aislándose en Caprea, había hecho adelantar la consolidación de

poder absoluto. O suicidarse ó asesinar al príncipe, eran los dos únicos géneros de protestas; entonces Chereas, tribuno de los pretorianos escogió este último y el 24 de Enero de 41, aprovechando un momento en que el príncipe entraba en una galería lejos de sus fieles germanos, lo asesinó.

*Claudio* (41-54).—Los conjurados y Chereas á su cabeza invitaron al Senado á suprimir el principado; las vacilaciones del alto cuerpo comenzaron, y mientras se decretaban elogios á los asesinos y los unos querían la restauración de la República y se ofrecían los otros para desempeñar el imperio, los pretorianos se apoderaban en el palacio, de un hombre tenido por imbécil, Claudio, hermano de Germánico, y lo proclamaban emperador. Los mensajes entre el Senado y el nuevo emperador comenzaron, las cohortes urbanas abandonaron á Chereas y Claudio se apoderó del Capitolio, en donde lo recibieron los senadores prosternados. Chereas y algunos republicanos notables perecieron.

Claudio era un anciano sensual, y semi-idiotas, con razgos de lucidez y cierta benevolencia natural. Considerado inútil por su familia se había dedicado á los trabajos de erudición arqueológica y filológica, y algunos de ellos han servido para ilustrar la primitiva historia de Roma. Puso el cetro en manos de sus libertos, que como todos los de su clase, eran los que más se distinguían entre los esclavos, y que fueron, por regla general, más ilustrados que sus amos. Los de Claudio, Pallas, Narciso, Polibio y Calixto, eran hombres hábiles y gobernaron bien. Claudio, dice Suetonio, fué el ministro de aquellos cuatro monarcas.

El nuevo emperador empezó por una amnistía y á pesar de sus escentricidades en el Senado, en que imploraba

gracia de los padres conscriptos y solo les permitía deliberar rodeado de sus guardias, y en los tribunales, en donde acusadores y abogados se burlaban de él con frecuencia y en donde juzgaba conforme á la equidad con gran escándalo de los jurisconsultos, llegó á ser muy popular. Sus libertos hacían injusticiar á sus enemigos, pero reformaron la legislación civil, endulzándola respecto á los esclavos, que empezaron á ser considerados como hombres á quienes no se podía matar impunemente, protegiendo á la mujer en el seno de la familia, modificando en un sentido liberal las leyes testamentarias, combatiendo los abusos de los abogados, dando á los cónsules y procuradores imperiales el cuidado de los menores, disminuyendo las fiestas, realizando el prestigio del Senado, introduciendo sabias reformas en el ejército y velando con gran solicitud por la buena administración de las rentas públicas.

Bajo la dirección de estos hombres se llevaron á cabo trabajos de grande utilidad en Ostia, y en el largo Fucino que intentó desecar Claudio, y sobre el cual ofreció al pueblo romano el espectáculo de un combate naval en que tomaron parte diez y nueve mil personas. Mucha sangre se derramó, lo que era del gusto de Claudio y del pueblo.

La administración de las provincias fué mucho más liberal de lo que lo había sido hasta entonces. El número de ciudadanos romanos, que representa la asimilación de Roma y las provincias llegó á cerca de 6.000.000 que representaban una población de más de 25.000.000; precisamente cuando Claudio trataba de obtener del Senado que los ciudadanos de la Galia cabelluda tuvieran derecho á los honores de Roma, hasta formar parte del Senado, fué cuando, con una rara inteligencia de la historia pronunció aquellas palabras memora-



bles: «¿Por qué Lacedemonia y Atenas, tan poderosas por las armas perecieron, sino por haber rechazado á los vencidos como extranjeros, mientras que Rómulo nuestro fundador, más previsor, vió en un solo día á la mayor parte de los vecinos de Roma, enemigos y ciudadanos suyos.» El Senado accedió á los deseos del emperador, pero contra su voluntad. Claudio siguió, sin embargo, observando la línea de conducta que se había trazado y si se manifestó siempre benévolo con los provinciales, con los judíos sobre todo, si hizo castigar severamente á los prevaricadores, eso no quiere decir que llevara su tolerancia hasta permitir le que podía poner en peligro la supremacía política de Roma; eso se hizo con los judíos que intentaron convertir el tesoro del templo en fortificar los muros de Jerusalem y eso explica la encarnizada persecución á los druidas que mantenían en las Galias una poderosa fermentación nacional y religiosa. El culto fué proscrito, los bosques sagrados profanándose, los sacerdotes y sus amigos sacrificados.

Para dar un golpe de muerte al druidismo, decidió Claudio la célebre expedición á Bretaña, foco principal de aquel culto salvaje. Una gran parte de la Isla fué sometida por las legiones, á pesar de los esfuerzos de los druidas, que desde la isla de Mona atizaban la lucha. El episodio más interesante de esta guerra, fué la gran batalla librada contra el valiente Caractac, en el país de Galles, en que sucumbieron luchando heroicamente los bretones. Claudio, que asistió á algunas operaciones felices de la campaña, volvió á Roma, con el sobrenombre de *Británicus*.

En la Germania, donde las legiones habían recobrado ya la última de las águilas de Varus, capturada por Hermann,

hubo necesidad de alguna lucha, pero todos reconocieron la supremacía de Roma. El excelente general romano Corbulon, hubiera querido penetrar en el corazón de aquella aglomeración terrible de pueblos; pero Claudio se lo prohibió. Entonces se dedicó á construir un canal entre el Rin y el Mosa; trabajos de esta clase se hacían también en España, en el Danubio, en el Asia Menor, en toda la extensión del imperio, y al par de ellos avanzaba la obra de colonización. (La más notable de las colonias de Claudio, fué *Colonia Agrippina*, á orillas del Rin.) En el Oriente la eterna lucha de los romanos y los parthos por la Armenia, recorrió diversas peripecias, y las cosas quedaron ahí en un estado inquietante hasta el reinado siguiente. La Judea, á la muerte de Agrippa, á cuyo hermano Herodes había dado Claudio la Kalkhídina, fué reunida á la provincia de Siria; en Africa, la Mauretania fué conquistada y dividida en dos provincias; en el resto de las fronteras, á pesar de algunos indicios alarmantes, la paz fué completa. Las tentativas de alterarla partían más bien de Roma, en donde se conspiraba constantemente contra la vida del emperador, mientras que algunos osados, como Scribonianus, pretendían sublevar las legiones; este, logró su intento con las de Dalmacia, pero cinco días después los soldados arrepentidos lo asesinaron. Con este motivo, los suplicios, las exacciones, las delaciones, se dieron libre curso en Roma, y la avidez de Messalina, la mujer del emperador, y de los libertos, no se saciaba sino aglomerando víctimas y allegando tesoros. Como siempre, hubo de parte de esas víctimas, sobre todo, de las que pertenecían á la escuela estoica, ejemplos de heroísmo y de abnegación admirables.

Messalina, descendiente de Antonio

y Octavia, llegaba entonces al máximo de esos desórdenes sin nombre, que la historia conoce marcados por el fierro candente de Juvenal, y que han hecho suponer á algunos sabios modernos que la meretriz imperial era un caso de ninfomanía. Llegó aquella insensata, hasta celebrar públicamente su matrimonio con un noble romano, Silanus, y Claudio, á quien se había embaucado con una patraña, firmó el contrato. Silanus empezó á ser el emperador, los libertos se alarmaron, y uno de ellos, Narciso, convenció á Claudio de su deshonra. Todos los cómplices de Messalina perecieron, pero ella habría sido perdonada por su imbécil marido, si Narciso no la hubiera hecho morir por su propia cuenta. Dejó al emperador dos hijos, *Británicus* y Octavia.

Entonces los libertos empezaron á luchar entre sí, para obtener que el emperador escogiese por esposa á la mujer que cada uno de ellos protegía, Pallas triunfó; su querida Agrippina, hija de Germánico y sobrina de Claudio por consiguiente, que había heredado la pasión dominante, pero no la virtud de su madre, fué recibida en el tálamo imperial. Agrippina había tenido de su primer marido, Domicio Ahenobarbo, un hijo, *Domitius Nero*, á quien se propuso hacer heredero del trono, para reinar ella á su sombra. Empezó por casar á su hijo con Octavia; luego (50) Pallas hizo que Claudio adoptase á Neron, lo que era designarla á la sucesión del imperio, en perjuicio de su propio hijo. Cuando Agrippina se encontró armada así para reinar, hizo envenenar á su marido, aprovechándose de su glotonería y de la habilidad de Locusta, célebre envenenadora. Claudio había muerto ya y Roma lo ignoraba, mientras Agrippina esperaba la hora favorable para hacer de su hijo un emperador. Llegada ésta y acep-

tado el nuevo príncipe por los pretorianos, fué proclamado por el Senado. (45).

Claudio tuvo los honores del apoteosis, pero Séneca se encargó de quitar la máscara á aquella sociedad que por servilismo se daba dioses como Claudio, en su famosa sátira: *Apokolokyntosis*, en que al mismo tiempo que pone en ridículo á Claudio en el Olimpo, dá un golpe de muerte á la religión oficial.

Si Claudio no hubiera tenido una personalidad tan indecisa y vaga, se podría asegurar que, ménos respecto de la aristocracia romana, víctima eterna de los emperadores, fué un buen gobernante. Pero lo que hay de notable en su reinado, es el avance extraordinario que logra la evolución de las instituciones imperiales, necesarias para realizar la unificación del mundo antiguo. Esta obra se debe á los libertos Pallas y Narciso, como lo ha probado el inteligente discípulo de Mommsen, Otto Hirschfeld; estos libertos hicieron pasar la administración á manos de los funcionarios imperiales, que eran en las provincias los *procuradores* y en Roma los libertos; todos ellos entran en posesión de la jurisdicción civil y consuman la división entre el tesoro imperial y el del Senado, dando el primero una importancia capital.

NERON. (54-68)—*Los cristianos*.—*Nero Claudius Cesar Augustus Germanicus* tenía 17 años cuando subió al trono. En él convergían la raza dura y cruel de la rama de la *gens Domitia*, que se apellidaba de los *Ahenobarbos* (barbas de bronce) y la sangre pervertida de Germánico. La herencia de Neron era de crueldad, de despotismo, de lujuria, de amor á la sangre. Agréguese á esto un espíritu torcido, disuelto por la adulación, un carácter sistemáticamente enervado por la educación, puesto que su madre se